EDUARDO ORTIZ DE LANDAZURI

AMAR APASIONADAMENTE

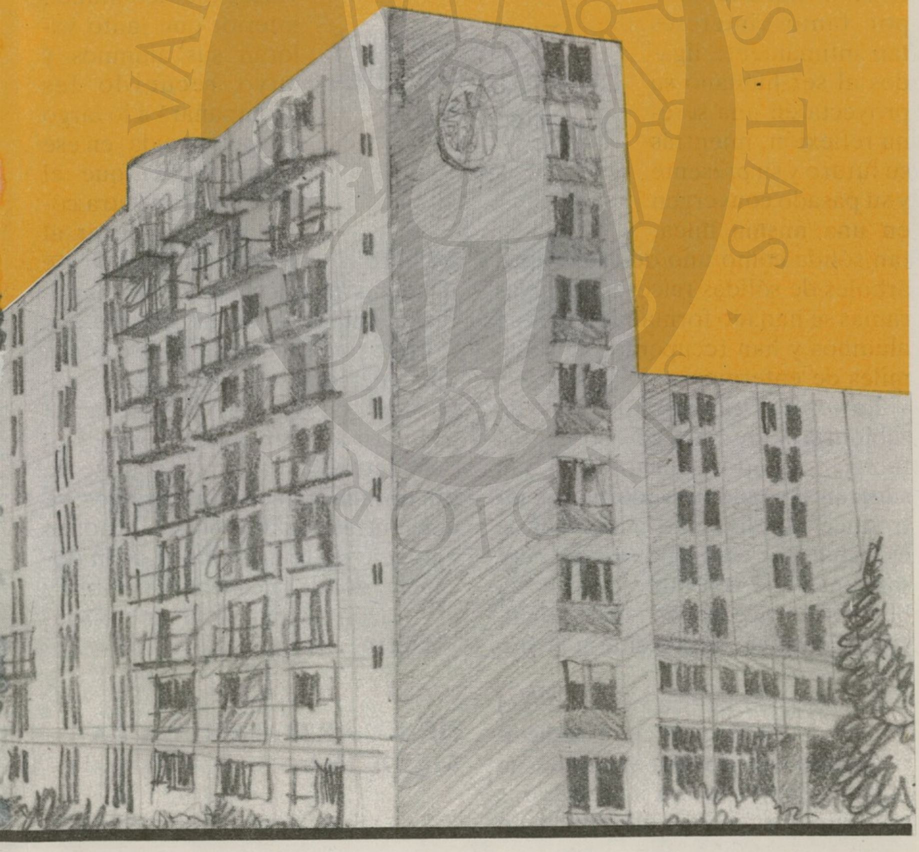
Se cumplen ahora los 30 años de esta revista. En 1954 se fundó también la Facultad de Medicina a la que siguió muy pronto la que luego sería su famosa Clínica Universitaria. «Nuestro Tiempo» recuerda hoy estos jalones de su historia con una larga entrevista a un universitario ejemplar, el Dr. Eduardo Ortiz de Landázuri. Rosa María Echeverría, que sería años después estudiante del antiguo Instituto de Periodismo y hoy es

Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 360-361, 6-7/1984.

DOSSIER

LA UNIVERSIDAD

profesora en la Facultad de Ciencias de la Información, ha entrevistado al ahora Presidente de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra. Para todos nosotros es una gran alegría celebrar así estos primeros 30 años, acompañados de un auténtico maestro universitario y de una primera figura del periodismo español.



Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 360-361, 6-7/1984.

Tiene los ojos Don Eduardo llenos de futuros, futuros profundos y abiertos, recogidos en lo más hondo de su mirada. Cada día Don Eduardo se asoma a un mundo nuevo en esa apasionada aventura que es su vida, donde descubre inmensos horizontes y los va recorriendo despacio, mansamente, con el rigor de ese pensamiento tan lógico y tan humano del intelectual. Hay en su mirada un reto alegre de vida y es su vida un valiente reto al esfuerzo en una lucha tenaz y constante que parece ocultarse detrás de esa cordialísima sonrisa que tan bien conocen sus enfermos.

Ahora, toda esa tensión vital orientada por tantos intereses tan íntimamente ligados al ser humano se proyecta en una serena reflexión, mientras su futuro y su presente y su pasado convergen en una misma línea, tan sólida como uno de esos viejos árboles de sólidas raíces bajo cuyas ramas se han ido formando miles de alumnos y han recuperado la salud miles de enfermos.

> «Tiene los ojos Don Eduardo llenos de futuro»

La voz de Don Eduardo, llena de sabiduría y de sosiego, posee esa fuerza razonadora tan atractiva, tan sugerente y tan innovadora, que introduce rápidamente a quienes le escuchan por esos senderos del pensamiento que se entrecruzan hasta llegar al vértice de una triple dimensión científica, universitaria y humanista.

Por eso, de la rica personalidad de Don Eduardo Ortiz de Landázuri destaca esa intensa voluntad de saber, que le impulsa a interesarse por todos los temas, a adentrarse en nuevos proyectos y a escuchar con verdadero interés y respeto tanto las doloridas quejas de un enfermo como la opinión del más joven de sus colaboradores. En este sentido comentaba uno de ellos: «Don Eduardo no pierde un solo minuto, pero a pesar de estar agobiado de trabajo es capaz de escuchar con una paciencia infinita las historias más increíbles que le cuenta un enfermo. Es curioso, porque le trata como si no existiera en el mundo nadie más que él, cuando a lo mejor los demás no le hemos hecho ni caso…».

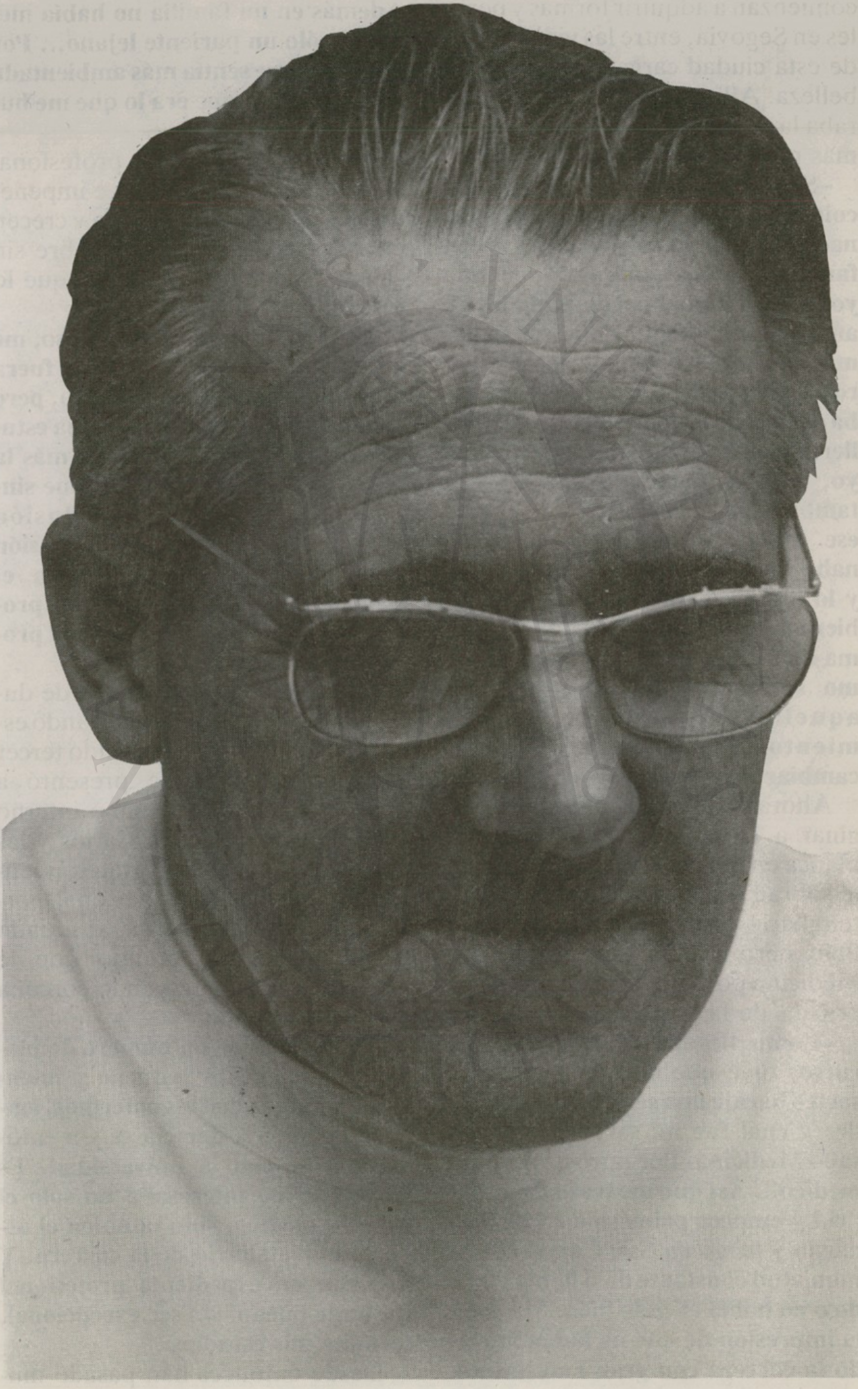
Y como consecuencia se encuentra la voluntad o la necesidad de enseñar, de volcar ese rico mundo interior que tanto valoran sus alumnos y cuyo recuerdo les acompañará a lo largo de toda su vida, en ese momento en que el médico demuestra cómo se debe tratar al hombre… «¿Don Eduardo? No se me olvidará una clase donde nos hablaba del valor de la amistad…». Porque por encima de todo destaca en su persona esa sorprendente capacidad de querer que llena de asombro a quienes le conocen.

Y detrás de esa voz y delante de esa mirada, tan cerca y tan lejos, se encuentra toda una vida dedicada al ejercicio de la medicina y de la docencia, donde la cabeza la palabra y el corazón ocupan su lugar esencial y exacto.

DE LA ARTILLERIA A LA MEDICINA

Los recuerdos de Don Eduardo

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei



Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. N.º 361, 6-7/1984.

comienzan a adquirir formas y perfiles en Segovia, entre las viejas calles de esta ciudad cargada de histórica belleza. Allí, naturalmente, le esperaba la Academia de Artillería en la más pura tradición familiar.

–Sí... Mi comienzo profesional coincide con una situación histórica nacional, por lo menos en el orden familiar. A finales de 1926, cuando yo todavía no había cumplido los 16 años, sucedió lo que entonces se llamó la «Sublevación de los artilleros»... Mi padre era artillero y estaba destinado en la Academia de Artillería y un hermano mío, mayor que yo, estaba haciendo también la carrera. En ese momento, terminaba yo el bachillerato y lo lógico es que hubiera seguido esa misma dirección, pero como sucedieron todos aquellos acontecimientos, tuve que cambiar de carrera...

> «Me daba la impresión de que no había iniciado la carrera con gran entusiasmo»

Ahora resulta casi imposible imaginar a Don Eduardo sin su bata blanca en la que siempre parece que le sobran o le faltan botones y contemplarle vestido con uniforme militar, pero lo cierto es que estudió Medicina por uno de esos felices caprichos de la suerte.

–Como llegaba el comienzo del curso, tuve que decidir y casi por sorteo barajé una serie de posibilidades y cuál fue mi sorpresa cuando salió Medicina. Por puro azar yo fui médico... Así que me trasladé a Madrid y empecé primero en San Bernardo y luego en San Carlos con la inquietud constante de si había elegido o no había elegido bien. Me daba la impresión de que no había iniciado la carrera con gran entusiasmo. Además en mi familia no había médicos, sólo un pariente lejano... Por otro lado, me sentía más ambientado como artillero que era lo que me hubiera correspondido...

Por eso, la vocación profesional es uno de esos profundos e impenetrables misterios que nacen y crecen en el corazón de cada hombre sin causas ni razones aparentes que lo justifiquen.

–Yo era un hombre estudioso, me gustaba estudiar. No es que fuera muy inteligente ni muy valioso, pero sí estudiaba y a medida que iba estudiando cada vez me gustaba más la carrera y terminé sintiendo una ilusión enorme. Esta ilusión fue naciendo en el transcurso de mi propia carrera, en mi propio curriculum.

Fueron años de duro trabajo. Cuando estaba estudiando tercer curso se presentó a unas oposiciones a alumno interno en el Hospital de San Carlos y las ganó. Este hecho tuvo gran trascendencia en su vida profesional porque le abrió las puertas al mundo universitario, un mundo que le atrajo y le sigue atrayendo con una irresistible fuerza.

–Se trataba de un número de plazas relativamente pequeño y mientras trabajaba con los enfermos, empecé también a dar clases y a entusiasmarme con la universidad. Es decir, ya me interesaba no sólo el aspecto médico, sino también el aspecto universitario de la carrera. Y así, con un expediente profesional bastante bueno, sin ser excepcional, terminé mis estudios.

Desde entonces han pasado mu-

Revista Nuestra Tierra, Universidad de Navarra. Nº 36 Del 61, 6-7/1984.

chos años. En las estanterías del cuarto de estar de su casa y entre los libros, los nietos de Don Eduardo se ríen del universo enmarcados en el espacio fotográfico de su niñez.

A LA SOMBRA DE LOS GRANDES MAESTROS

Junto a un maestro siempre se descubre la huella palpable de otro maestro. En este sentido, ¿quiénes han sido los médicos que han contribuido a la formación de Don Eduardo Ortiz de Landázuri?

–En principio el internado lo gané en una cátedra de Medicina Tropical con Don Gustavo Pittaluga, que era un profesor italiano muy interesante que había venido de Florencia y tenía mucha fama... Me cobró un gran afecto y me solía llevar a su casa a cenar. Sus familiares eran muy buenos, pero preocupados con sus temas. Así que cuando llegaba el pobre Don Gustavo después de trabajar todo el día, como me tenía a su lado me colocaba todos los ciscos que había sufrido durante la jornada, cosa que no se atrevía a hacer con su familia. Total, que no se si por afecto personal hacia mí o sencillamente para poder descargar sus inquietudes, resulta que terminé siendo un gran amigo de Don Gustavo.

> «Don Carlos Jiménez Díaz fue realmente mi profesor durante toda mi vida»

Sin embargo, ¿quién marcó definitivamente su vida profesional?

–En cuarto curso, empecé con la Patología Médica, una asignatura fundamental en Medicina. El profesor era Don Carlos Jiménez Díaz, que fue realmente «mi profesor» durante toda mi vida. De modo que tuve una gran relación con Don Gustavo Pittaluga, al que recuerdo y aprecio muchísimo, pero mi maestro en el verdadero sentido de la palabra y en el «arte», diríamos, de la Clínica médica, fue Don Carlos Jiménez Díaz.

El joven médico se encuentra ahora con el título bajo el brazo, con la lejanía de sus sueños de artillero en el alma y con todo tipo de tentaciones profesionales al alcance de la mano. Ya entonces, ¡cómo no!, existía el síndrome de las oposiciones, una tentación vieja como el mundo.

–Lo que estaba de moda eran las oposiciones para el Cuerpo de Tisiólogos, especialistas en pulmón y sobre todo en tuberculosis, ya que entonces era una enfermedad importantísima porque no se conocía el tratamiento.

Don Eduardo se ríe. No, él no cayó en la tentación.

–No quise porque ya estaba entusiasmado con la posibilidad de ser un profesor de universidad y me quedé dedicado a la Patología pero con una proyección docente. Me gustaba enseñar y eso es lo que quería... Eso sí, tuve que hacer otras oposiciones para poder vivir. La dedicación a la enseñanza y al conocimiento universitario de las materias había que hacerla sin ninguna atención especial. Incluso el pequeño sueldo modestísimo que recibía cuando era interno de San Carlos lo perdí en el momento en que terminé la carrera.

Ahora el camino estaba muy claro y tenía a la Universidad como

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

meta final. Aquel muchacho indeciso ya sabe lo que quiere y no necesita recurrir al azar ni a la suerte para decidir su futuro. Y en este momento se inicia esa larga y valiente batalla por la vida y para la vida universitaria.

–De modo que como tenía que resolver el problema hice unas oposiciones al Cuerpo Médico de Prisiones, porque salieron unas plazas en ciudades importantes. Me pareció que, si las ganaba, podría obtener un sueldo sobre el cual cimentar mi modesta economía y poder dedicarme plenamente a la investigación y a la ciencia y a la universidad. En fin, saqué la plaza pero en un segundo grupo, lo cual fue mi salvación... Al principio me llevé un gran disgusto, porque creí que había trabajado mucho, pero fue una suerte, porque los del primer grupo fueron a sitios muy distinguidos, como Barcelona, etc. Sin embargo, poco después estalló la guerra y la mayoría de ellos murieron. Por el contrario mi situación fue privilegiada porque quedé al margen.

En ese momento, el país estaba sometido a fuertes tensiones y convulsiones internas.

–Estamos hablando de los años 32, 33 y 34... Yo ya había ganado mi oposición pero era una oposición en el papel, puesto que no me habían colocado. Pero al menos ya tenía una posibilidad futura. En esto, un compañero mío al que quería muchísimo, Pepe Tapia, me invitó a que pudiera pasar al Hospital del Rey, cosa que efectivamente hice...

MEDIO MILLON DE PACIENTES

Don Eduardo Ortiz de Landázuri nació en Segovia el 31 de octubre de 1910, en el seno de una familia de abolengo artillero. Hizo el bachillerato en el Instituto Nacional Técnico de Segovia, donde, entre otros, tuvo como profesor a Antonio Machado. Licenciado en Medicina por la Universidad de Madrid, fue alumno interno por oposición en la Cátedra del profesor Pittaluga. Siguió los cursos de Patología Médica con el profesor Carlos Jiménez Díaz y terminó la carrera en 1934.

Ganó la oposición de médico del Cuerpo de Prisiones y de médico interno del Hospital de Infecciosos de Madrid, donde permaneció hasta 1939. En 1935 fue pensionado por la Universidad de Francfort durante un año.

En 1940 se incorporó a la Clínica Médica del profesor Jiménez Díaz, donde hizo su tesis doctoral que leyó en 1944 obteniendo la máxima calificación. En ese mismo año ganó por oposición la plaza de Jefe Clínico del Hospital General con el número uno. En 1946 consiguió la Cátedra de Patología General de la Universidad de Granada y cuatro años después pasó a desempeñar la Cátedra de Patología y Clínica Médica de la misma Universidad donde permaneció hasta 1958. En ese período fue Decano de la Facultad de Medicina de 1950 a 1958 y Vicerrector de la Universidad en 1958.

En 1958 se trasladó a la Universidad de Navarra donde continuó desempeñando la Cátedra de Patología y Clínica Médica hasta 1983. En 1962 fue nombrado Decano de la Facultad de Medicina, cargo que ocupó hasta 1966. En ese año fue

Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 361, 6-7/1984.

Más allá de la ventana llueve con rítmica cadencia, mientras Don Eduardo con su voz segura y pausada se introduce en el laberinto del recuerdo en esa búsqueda fiel del tiempo vivido.

LAS ENRIQUECEDORAS EXPERIENCIAS PROFESIONALES

La actividad universitaria permanece sumergida entre las sombras de la crisis nacional y comienza en la vida de Don Eduardo una enriquecedora experiencia de intenso trato con los enfermos en el Hospital de Infecciosos.

–El Hospital del Rey o de infecciosos se encontraba en las afueras de Madrid. Su director era Don Manuel Tapia, un hombre muy bueno, inteligentísimo..., quizá uno de los médicos más inteligentes que había entonces en Madrid. En el año 33 entré en calidad de meritorio y luego a partir del 34, con plaza de médico interno. Fueron años de muchas vicisitudes. Por otra parte, al empezar la guerra Don Manuel Tapia se marchó con otros intelectuales que se fueron al extranjero.

Durante la guerra Don Eduardo permaneció movilizado en distintos frentes de Madrid, agregado a un servicio quirúrgico.

–Yo nunca había sido cirujano ni lo he sido nunca, pero en fin... Como

nombrado Vicerrector, permaneciendo como tal hasta 1969, fecha en la que volvió al Decanato de Medicina hasta 1979.

Ha desarrollado su investigación en el «Centro Coordinado de Investigaciones Metabólicas» de Granada y en el «Centro Coordinado de Investigaciones Médicas» de Pamplona, centros creados por su iniciativa y dirigidos por él.

Es Consejero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y ha sido Presidente de la Sociedad Española de Medicina Interna. Miembro de la Royal Society of Medicine del Reino Unido, pertenece a la Sociedad Francesa de Gastroenterología y es Académico de número de la Academia de Medicina de Granada. Está en posesión de la Cruz de Sanidad, Placa de la Encomienda de Alfonso X El Sabio y Cruz de Mérito Civil de la República Federal de Alemania.

Su labor investigadora ha quedado reflejada en más de 200 publicaciones en revistas españolas y extranjeras y en unas 100 ponencias presentadas en congresos y conferencias.

Calcula aproximadamente en 500.000 los enfermos que ha atendido en sus 50 años como profesional de la Medicina. Con él se han formado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra 23 promociones de médicos durante sus 25 años como Catedrático en esta Universidad■

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

todo el mundo, en aquellos años pasamos las convulsiones propias de lo que es una guerra civil. Sin embargo, cuando terminó el conflicto volví a incorporarme de nuevo al Hospital de San Carlos y aproveché la plaza que tenía de prisiones y que no me había servido en la zona republicana. Así que cuando se instaló el nuevo régimen político, me incorporé a la plaza de médico y como era ya antiguo porque habían fallecido muchos, pude colocarme en Madrid en la Jefatura de Sanidad.

A partir de este momento comienza un período de intensa formación colaborando estrechamente con Don Carlos Jiménez Díaz.

> «En Navarra aprendí lo qué es el alma universitaria»

–Gracias a eso pude dedicar mi vida entera, mi trabajo y mis horas a Don Carlos Jiménez Díaz y a formarme a su lado como internista. Sucesivamente hice una serie de oposiciones, como por ejemplo Jefe Clínico del Hospital General, que las conseguí, y poco a poco me fui colocando. Hice la tesis doctoral y aunque modesta tenía una cierta base económica con la que poder defenderme. No podía salir al extranjero pues era una época en que no había posibilidades de hacerlo, así que con lo que yo podía trabajar dentro de Madrid al lado de Don Carlos Jiménez Díaz, me fui preparando…

Mientras tanto, ese gran enfermo que era el país se iba recuperando lentamente de sus profundas heridas. El año 1941 estuvo propiciado por la buenaventura, como si hubiera recibido la caricia de los buenos augures de una vieja gitana. Ese año, Don Eduardo se casó y obtuvo las oposiciones para el Hospital General. Cinco años más tarde se presenta de nuevo a unas oposiciones a cátedra y las obtiene al primer intento. Comienza así la segunda etapa de su vida que tiene como escenario ese bellísimo marco universitario que es la ciudad de Granada.

EL MEDICO DE LAS 500 PESETAS

Opina Don Eduardo que el hecho de trabajar en distintas universidades constituye una experiencia vital de inigualable interés desde el punto de vista intelectual.

–Personalmente esto me ha servido mucho. Nunca he dicho que alguna de ellas haya sido mejor o peor. Son distintas. En la Universidad de Madrid aprendí a tener un maestro. En realidad era tan grande que no se podía decir que hubiera universidad, de modo que cada uno vivía con sus compañeros, en su cátedra, con su maestro. En cambio en Granada, como era más pequeña, aprendí a vivir el espíritu universitario. Puedo decir ahora que en Madrid aprendí lo que era un maestro, en Granada aprendí lo que es una universidad y más tarde en Navarra aprendí lo qué es el alma universitaria.

Don Eduardo Ortiz de Landázuri posee una amplitud de mente sorprendente, quizá como fruto inmediato de ese espíritu universitario que le caracteriza y le define.

–Si ahora me preguntaran cuál de estas Universidades prefiero o por

Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cuál siento mayor cariño, pienso que no podría contestar. Creo que hay que hacer que cada universidad tenga su propio espíritu y es ridículo pretender que todas sean iguales. Tuve la oportunidad de vivir en tres universidades muy distintas y dediqué mucha atención y mucho cariño a las tres. Desde 1926 a 1946 en Madrid. Luego, hasta 1958 en Granada y desde el año 58 hasta ahora en Navarra. Y en cada una estuve por circunstancias muy diversas.

Granada le recibió con los brazos abiertos como si en cierto modo Don Eduardo le hubiera pertenecido desde siempre. Muy pronto, aquel joven médico de prometedor futuro se convirtió sin proponérselo en un personaje popular al que todo el mundo admiraba y quería. Su presencia se hizo de pronto necesaria tanto en la vida escondida de aquellos pueblos perdidos en el interior del corazón de la Alpujarra como en los círculos intelectuales de la ciudad.

> «He tenido la oportunidad de vivir en tres universidades distintas: Madrid, Granada y Navarra»

–En Granada trabajé, estudié mucho, me volqué con los estudiantes, me dediqué por entero a la enseñanza de la Clínica médica y además gané bastante dinero. En este sentido, seguí fielmente las indicaciones de Don Carlos Jiménez Díaz que antes de marcharme me dijo: «Tienes que cobrar mucho, para que particularmente veas a pocos enfermos y puedas dedicar toda tu vida y todo tu entusiasmo a la Universidad. Porque a lo que vas a Granada es a enseñar en la Universidad y no a ver enfermos. Ahora bien, como tienes que vivir y mantener una familia, creo que deberías cobrar 500 pesetas por enfermo».

Don Eduardo le miró sorprendido y perplejo. ¡500 pesetas! En aquella época esta cifra constituía una cantidad desorbitada y ningún profesional se atrevía a señalar unos honorarios tan elevados. La dedicación a la ciencia se hallaba por tanto bien segura.

–Hay que tener en cuenta que era el año 46 y la mayoría de los profesores trabajaban mucho en sus casas y cobraban 50 pesetas o 100 todo lo más. Don Carlos insistía: «Si quieren ir a verte sin pagar nada que vayan al Hospital, donde estás viendo todo el día enfermos gratuitamente, pero el que quiera ir a tu casa que te pague...». No se si aquello fue dicho un poco a la ligera pero el caso es que yo le obedecí. Al fin y al cabo era mi maestro. Al principio me llamaban «el médico de las 500 pesetas». La gente de los pueblos llegaba a Granada y no sabían ni cómo me llamaba. Preguntaban... «¿dónde vive el médico de las 500 pesetas?» y entonces les indicaban mi dirección.

Comienza de este modo para Don Eduardo una vida que no esperaba, es decir, el ejercicio de la medicina en su faceta más humana, venciendo al tiempo en largos viajes nocturnos y tensos, visitando enfermos al filo del alba en los pueblos más oscuros, perdidos como manchas blancas entre la sierra, en un trabajo agotador pero al mismo tiempo lleno de vida.

–En Granada todavía quedaba una medicina un poco del siglo XIX,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 360-361, 6-7/1984.

en el sentido de que las consultas se hacían mucho en los pueblos. De modo que como tenía ya cierto prestigio me llamaban de Granada, de Córdoba, de Málaga, de Almería... Y los viajes eran terribles, porque salía siempre a las diez de la noche para no perder el día en mi labor universitaria y marchaba a donde fuera... A lo mejor llegaba a las cuatro o a las cinco de la mañana... En fin, tenían que estar toda la noche en vilo esperando a que yo llegara. Ya tenía fama de que llegaba siempre a media noche.

Y así transcurrieron mil y una noches y como en uno de esos felices finales de los cuentos árabes, al despertar Don Eduardo se encontró con un sólido prestigio, fama y fortuna. Y con un apasionante reto delante de los ojos.

> «Al principio me llamaban el médico de las 500 pesetas»

EL SALTO A LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

En aquellas correrías por los pueblos de Granada, Don Eduardo dejó constancia de sus grandes dotes en el campo de la medicina. Su enorme prestigio fue adquirido a pulso, paso a paso y a fuerza de esfuerzo.

–Hubo verdaderamente casos interesantísimos, con lo que mi prestigio profesional fue un poco en auge y vivimos unos años verdaderamente extraordinarios en los que trabajaba y ganaba dinero... Incluso había que pensar en cómo invertirlo. Entonces la máxima aspiración de un médico de categoría en Granada era comprarse un cortijo... Eso es lo que probablemente hubiera hecho.

Hasta que apareció en el horizonte la pequeña figura de Don Juan Jiménez Vargas, entonces Decano de la Facultad de Medicina de Navarra, que consiguió deshacer en un momento este idílico panorama.

Me había convocado en Madrid, porque quería que con motivo del paso del Ecuador de los alumnos de la Facultad, fuera a darles una lección como es tradicional sobre mi asignatura, la Patología médica.

Don Eduardo se ríe recordando ahora aquél encuentro tan surrealista por las calles de Madrid, cuando su vida comenzaba a marcar un compás distinto al compás de las palabras de Don Juan, mientras se decidía a saltos su futuro, saltando materialmente entre los coches.

–Era el 10 de febrero de 1958... Coincidía que ese mismo día teníamos una reunión de Decanos con el que entonces era Director General de Enseñanza Universitaria, Torcuato Fernández Miranda. Nos habían convocado a las cuatro y media en el Ministerio de Educación para conversar sobre un asunto de especialidades médicas. Don Juan y yo fuimos caminando desde la Plaza de Santa Bárbara, donde estábamos en un antiguo café llamado «Café la Mezquita»... Ibamos por la calle del Barquillo, saltando entre la acera por los coches que pasaban. Lo recuerdo perfectamente. Don Juan que es un hombre serio y de muy pocas palabras, aunque muy cariñoso, me dijo de repente y sin previo aviso que si quería venir a la Facultad de Navarra.

Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 361, 6-7/1984.
Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

A Don Eduardo de pronto le empezó a dar vueltas el mundo, el cielo de Madrid, Fernández Miranda, los decanos y los coches, todos unidos en un mismo vértigo.

–En ese momento en Granada ocupaba un puesto muy importante. Era Decano e iba a pasar a ser Vicerrector, como así fue. Tenía un éxito económico bastante notable y un prestigio en toda aquella zona con mi cátedra de Patología médica. Entonces, la noticia de que me viniese a Pamplona donde no había nada más que el entusiasmo de unos profesores y un grupo muy reducido de estudiantes, me dejó impresionado.

Era el año 1958. La Universidad de Navarra se había inaugurado en 1952 con primero de Derecho. Dos años después comenzaba primero de Medicina y en 1956 le siguió Filosofía. Todo parecía una locura en aquella lejana tarde, fría y cálida al mismo tiempo, cuando la calle del Barquillo se volvió de pronto interminable.

> «Don Juan me dijo de repente que si quería venir a la Facultad de Navarra»

–Sin embargo, Don Juan me dio una razón muy importante, porque me dijo: «Tenemos que intentar que nuestra Facultad siga las huellas de Don Carlos Jiménez Díaz y como tú has sido discípulo suyo y le quieres mucho y él te quiere a ti, parece que la persona que puede incorporar ese espíritu a la Facultad de Medicina, puedes ser tú». Y, como digo, todo esto subiendo por las aceras y saltando entre los coches. Le contesté que lo más prudente me parecía consultar con Don Carlos, ya que si me elegían a mí era en representación suya. «Por lo tanto, habrá que escucharle». «Sí, sí, tú escúchale, vete a verle y dile lo que sea», me respondió Don Juan.

En el fondo, Don Eduardo abrigaba la secreta esperanza de que el Dr. Jiménez Díaz considerara este proyecto como uno de esos hermosos disparates, como un sueño de la razón que haría las delicias del viejo Goya.

–Yo estaba ansioso de saber lo que me diría Don Carlos, pues tenía la seguridad de que le iba a parecer un disparate... Era totalmente ilógico este planteamiento en una persona con un porvenir ya abierto y hecho. En ese momento tenía 46 años y se puede afirmar que me encontraba en la apoteosis de mi vida profesional y universitaria. Claro, dejarlo todo, con siete hijos y venirme a Pamplona donde no había nada, a una universidad que empezaba... A mí me pareció que Don Carlos iba a decir: «¡Hombre, no diga usted tonterías! ¡Es una locura!» Pero cuál fue mi sorpresa cuando después de escucharme me dijo que no le parecía ningún disparate y que lo pensara despacio porque era una cuestión mía.

Por fin esa gran tensión existente entre dos fuerzas tan opuestas como la seguridad y el riesgo desapareció y Don Eduardo volvió a adquirir la confianza que le ha caracterizado siempre.

–Tengo que confesar que por un lado recibí estas palabras con mucha alegría, porque en el fondo eso es lo que yo quería. Quería venir, no se por qué... Quizá porque Dios tiene dispuestos los caminos...

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Y así se orientó el suyo bruscamente hasta introducirse de lleno en esa gran aventura que acababa de iniciarse.

UNA AVENTURA DE LOCOS

Sin enbargo, poco después tuvo lugar un Congreso médico en Filadelfia al que asistieron el matrimonio Jiménez Díaz y el matrimonio Ortiz de Landázuri. Allí permanecieron una larga temporada recorriendo universidades y visitando a distintas personalidades del mundo de la medicina. El tema de la Universidad de Navarra parecía extrañamente lejano y muerto.

–Pero cuál fue mi asombro cuando en el famoso tren que va de Filadelfia a Chicago, Don Carlos de pronto me dice: «No crea usted que he olvidado aquella conversación con respecto a irse o no a Pamplona. Le puedo decir que lo he pensado por mi cuenta muchas veces y cuanto más lo pienso más me convenzo de que no es ninguna tontería».

–¿Y cómo reaccionó su familia ante tal cambio de perspectiva?

–Creo que es justo hacer un pequeño inciso en honor a mi mujer, Laurita... Cuando vine a Pamplona a pronunciar la pequeña conferencia del paso del Ecuador, me llevaron después a comer y me di cuenta de que todo giraba en torno al entusiasmo de un pequeño grupo de profesores de medicina... Realmente me quedé asombrado, porque eran todos muy jóvenes. Estaban Juan Voltas, Luis María Gonzalo, José M.ª Macarulla, Don Juan Jiménez Vargas... Lo pasamos muy bien y después ellos me acompañaron, porque el tren había que cogerlo en Alsasua. Mi mujer llegaba de San Sebastián y allí nos encontramos para ir luego juntos a Granada.

> «Tenía 46 años y se puede afirmar que me encontraba en la apoteosis de mi vida»

Don Eduardo con esa voz que delata tantos registros y tantas resonancias afectivas va recordando esta escena con hondo agradecimiento.

–Cuando llegó el tren, ella se asomó a la ventanilla para saludarnos y cuál fue mi asombro cuando delante de Juan Jiménez Vargas y de Gonzalo Herranz le dije: «Oye, que nos dicen que si queremos venirnos a Pamplona». Y para mi sorpresa, me contestó sin pensarlo un momento... «No, no, lo que tú digas. Yo lo que tú digas». Hay que tener en cuenta que en Granada teníamos la vida hecha, con una casa en los alrededores preciosa, en fin con siete hijos... Me quedé verdaderamente asombrado. Y tengo la impresión de que aquí tampoco acababan de creérselo... Si es que en la Facultad por no haber, no había ni siquiera un servicio de internos, no había nada de enfermería, no había nada. De modo que sólo se podía explicar la Médica en una pizarra. Algo ridículo...

Sin embargo y por una de esas alegres bromas del destino, cuando la decisión estaba ya tomada le llegó el nombramiento de Vicerrector de la Universidad de Granada.

–La verdad es que me pareció un poco duro aceptar el cargo sin comunicarle al Rector mi marcha, así que

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 360-361, 6-7/1984.

fui a hablar con Sánchez Agesta, que se quedó sorprendidísimo... «¡A Pamplona! ¡Pero si en Pamplona no hay nada! ¿Tú que vas a hacer allí?» Le expliqué que se estaba haciendo una Universidad y me respondió con toda lógica... «Pues si se está haciendo, espera un poco a que esté hecha. Ya irás si quieres, pero no ahora con siete hijos... Te juegas tu porvenir».

En ese momento, Sánchez Agesta, Catedrático de Derecho Político y que iba a ser trasladado a Madrid, propuso una solución salomónica.

–Entonces me dijo: «Mira, como el rectorado queda vacante le voy a proponer al ministro que seas tú el futuro Rector. Así organizas la Universidad aplicando las ideas que tienes sobre lo que debe ser una Universidad». Le expliqué que no se trataba de que la Universidad fuera de una manera o de otra por el cambio de Rector, sino que la Universidad de Navarra tenía un espíritu, se encontraba empezando y ahora es cuando había que ayudarla. Sánchez Agesta insistió en que aceptara el puesto de Vicerrector, a pesar de mi insistencia en que me iba a marchar en septiembre. No lo comprendió. Creyó que no lo haría. Por otra parte, a mí me costaba mucho decírselo a la gente porque les tenía un cariño enorme...

La decisión ya estaba tomada y resultaba realmente una actitud difícil de comprender para muchas personas. A Don Eduardo comenzó a preocuparle el hecho de que se interpretara de modo equívoco su planteamiento, ya que era el resultado de una elección totalmente personal y libre.

–En este sentido, me decidí a escribir a antiguos profesores que habían sido figuras médicas de relieve explicándoles la situación. Quería dejar bien claro que si venía era porque me daba realmente la gana. Me contestaron todos, cada uno con su modo de pensar y de muy diferentes contexturas psicológicas... Entre ellos, creo que merece la pena recordar la carta que tuve de Don Gregorio Marañón que fue verdaderamente emocionante. Me decía que probablemente no necesitaría nunca su ayuda, pero que si alguna vez le necesitaba que contara siempre con él...

> "No había ni enfermería, ni siquiera un servicio de internos. No había nada"

Amigos por todas partes, recuerdos, proyectos comunes... Allí por donde ha pasado, Don Eduardo ha dejado siempre ese imborrable recuerdo de su cálida humanidad.

¿Cómo era la situación que se encontró a su llegada a la Universidad?

–Entonces la Universidad no tenía nada de nada, porque no había ni Hospital, ni un pequeño pabellón, ni nada...

A partir de ese momento no se ahorraron dificultades. Gestiones, viajes, proyectos, salidas al extranjero, visitas, puertas entornadas y puertas cerradas, esperanzas, un trabajo ordenado y constante y un prestigio que crece por momentos, sin medios, con una voluntad de hierro, incansables... Por fin se consigue el Pabellón F, luego la Escuela Vieja, el laboratorio de Fisiología donde trabaja Don Juan, una pequeña sala de disección para las

prácticas de los alumnos... Y cuando los visitantes de otros países contemplan ahora la Clínica se preguntan asombrados: «Oiga... ¿Pero cómo lo han conseguido?» Entonces probablemente se encontrarán con la abierta sonrisa de Don Eduardo y detrás de su alegría descubrirán ese espíritu resistente, brillante y duro como el diamante.

LA CLINICA Y SU ENFOQUE UNIVERSITARIO

Se escucha con cierta frecuencia el comentario de que la Clínica Universitaria es una de las mejores Clínias del país. ¿A qué se puede atribuir este prestigio?

> «La Clínica ha nacido gracias a su compenetración con la vida universitaria»

–Creo que soy un observador indudablemente apasionado con esta idea. La he visto crecer y como todos los que hemos vivido en esa época, he sufrido todo tipo de percances y dificultades. En fin, trataré de desapasionarme y de explicarlo de una manera objetiva.

¿Podría señalar la finalidad de esta Clínica y su papel dentro de la Universidad?

–A mi modo de ver, la Clínica ha nacido gracias a su compenetración con la vida universitaria. Es decir, el que hayamos terminado llamándola «Clínica Universitaria» no es una pura circunstancia por el hecho de que tenga una vinculación evidente con la Universidad de Navarra, sino porque además es en sí una clínica universitaria. La mayor parte de las clínicas o son privadas o son clínicas que pertenecen a seguros de algún tipo. Los pacientes acuden allí haciendo uso de un derecho: el derecho de ser asegurados. Por otro lado, también hay clínicas que se han constituido con un carácter privado por una serie de médicos o accionistas que en el fondo, indudablemente, tienen cierta vinculación económica.

Sin embargo, la Clínica Universitaria no responde a ninguno de estos planteamientos y una vez más permanece al margen de todo tipo de clasificaciones.

–En efecto, en esta Clínica no se da ninguna de esas circunstancias. Ni es una Clínica de seguros, ni es una Clínica privada, aunque a veces la consideren como tal, ni es una Clínica que se ha montado con objeto de obtener unos beneficios. ¡No! Su finalidad es la enseñanza y la formación. Es decir, verdaderamente se puede afirmar que se trata de una Clínica universitaria.

¿No existen, por lo tanto, experiencias de este tipo en otros lugares de España?

–Por supuesto que existen hospitales universitarios. En Granada, estando de Decano, inauguré el Hospital Clínico y aquello era sin duda un Hospital universitario. Pero este Hospital tenía en sí un presupuesto, que en su mayor parte procedía del Estado y otra parte dependía de los seguros. Y no es que esta Clínica no tenga que vivir de ciertos seguros, pero desde su comienzo lo que ha caracterizado a la Clínica Universitaria es el hecho de que estuviera al servicio de los enfermos y por otro lado, orientada hacia la enseñanza. Esos han sido los dos grandes pilares

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 360-361, 6-7/1984.

de la Clínica Universitaria. Por un lado, el espíritu de amor al prójimo y al mismo tiempo su proyección universitaria.

El teléfono suena de pronto y Don Eduardo se apresura a levantarse con su bastón y su leve cojera, ambos consecuencia de su enfermedad. Por el tono cordial de la voz parece que está hablando con un viejo amigo... Pero no, se trata de la madre de un enfermo. «Mi mujer y yo estamos deseando verle... Le recordamos con mucha frecuencia. Ya sabe que tiene siempre abiertas las puertas de nuestra casa». Sin embargo, lo que realmente tiene abierto Don Eduardo de par en par es esa pequeña puerta del corazón que no se ha cerrado nunca para nadie.

> "El gran motor de la Universidad fue indudablemente el Fundador del Opus Dei"

ENTRE LOS ENFERMOS

Para muchos de los visitantes de la Clínica Universitaria lo que les llama poderosamente la atención no es la eficiente organización o la atención médica, sino sobre todo el hecho de que se descubre detrás un espíritu que todo lo anima. ¿Cómo podría definir esta impresión el Dr. Ortiz de Landázuri?

–En relación con ese espíritu de amor al prójimo, pienso que el gran motor de la Universidad indudablemente fue el Fundador del Opus Dei, Monseñor Escrivá de Balaguer. Ahora bien, es importante penetrar en ese sentido, ya que la propia historia de la Facultad de Medicina dentro de la Universidad nos hace ya situarnos muy cerca de lo que constituye el espíritu fundacional. En general, en todas las universidades las Facultades de Medicina se han ido haciendo muy lentamente, cuando ya llevaban muchos años o incluso siglos de andadura...

Sin embargo, en la Universidad de Navarra la Facultad de Medicina se inicia en 1954, dos años después de la inauguración del Estudio General. ¿Por qué se hizo todo tan rápido?

–Bueno, la inauguración de la Facultad de Medicina llevaba implícita en su propia creación la necesidad de tener un lugar para ver, para trabajar, para estudiar y para enseñar la medicina. ¿Por qué a los dos años se pone en marcha una Facultad de este tipo con todos los problemas que lleva consigo? Porque hay que tener en cuenta que montar un Hospital o una Clínca es complicadísimo. Y a mí me parece que nace de la esencia misma fundacional de la Universidad. Es decir, el Fundador del Opus Dei, cuando le preguntaban cuáles eran las armas o las posibilidades que tenía para sacar las cosas adelante, solía contestar que contaba con el dolor de los enfermos y el buen humor.

Y por una de esas sorprendentes paradojas, la fuerza del dolor debe de constituir un sólido cimiento, ya que toda la energía del Opus Dei se apoya en la grandeza de la debilidad humana.

–El Opus Dei nació en los barrios más pobres y en los ambientes más míseros de Madrid, entre los enfermos... Por eso, a mí me parece que en la mente del Fundador siempre

estuvo presente la idea de que lo antes posible empezara en Navarra la Facultad de Medicina. Ahora, cuando se analiza cómo se llegó a ese objetivo, se queda uno verdaderamente perplejo. Vinieron varios colegas a estudiar el asunto, se habló con las autoridades y lo cierto es que las primeras impresiones no resultaban nada halagüeñas. Sin embargo, Monseñor Escrivá de Balaguer les animó a seguir adelante a pesar de todos los problemas que se presentaban.

Con una sonrisa, comenta Don Eduardo el decidido empeño del primer Gran Canciller, cuando todo hacía suponer que la iniciativa de montar una Universidad constituía una locura genial. Así comenzó la íntima historia de la Universidad de Navarra, que llegó a constituir con el tiempo la prueba palpable de un inmenso y de un intenso acto de fe.

–La realidad es que se puso en marcha la Facultad de Medicina con un porvenir no muy claro. En este sentido, la Clínica Universitaria es depositaria de ese pensamiento del Fundador y por lo tanto no constituye una casual coincidencia en la marcha de la Universidad. Y en esas condiciones, cuando la Facultad de Medicina empieza su fase clínica, tuve la oportunidad de dejar de ser un observador para vivirlo desde dentro. Como por ósmosis, por decirlo de alguna manera, el espíritu del Fundador entra de raíz en la Facultad de Medicina y concretamente en la atención a los enfermos. Creo que casi antes de empezar la Universidad, ya estaba en su mente la idea de que había que acercarse a los enfermos. ¿Por qué? Porque él sabía, y esto es muy importante, que una de las fuerzas más importantes para la formación de la gente que trabajaba con él, era el contacto con los enfermos.

Por eso, en opinión del Dr. Ortiz de Landázuri, la atención a los enfermos, además de constituir uno de los pilares fundamentales de la Clínica Universitaria, ha llegado a convertirse en la esencia de la propia enseñanza de la Medicina.

«LA CIENCIA MAS HUMANA»

El Dr. Jesús Prieto, Director del Departamento de Medicina Interna de la Clínica Universitaria y Profesor Ordinario de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra, valora así la figura del Dr. Ortiz de Landázuri.

Cada médico lleva a la Medicina su propia personalidad. Cuando en fecha bien reciente el Catedrático de Anatomía Patológica Dr. Gonzalo Herranz hablaba, en una fiesta académica de fin de Licenciatura, de «la ciencia más humana», el pensamiento se me iba a D. Eduardo Ortiz de Landázuri, allí presente, pues él hizo de la medicina que practicó «la ciencia más humana».

Ciencia y humanidad. Una ciencia rigurosa, exacta, asentada en bases firmes, buscadora incansable de objetivaciones clínicas, magistral, apta y madura para ser transmitida .Una humanidad afable,

Biblioteca Universitaria. Universidad de Navarra

UN ELEMENTO ESENCIAL

Por otra parte, la Clínica Universitaria lleva dentro de sí esa profunda huella que constituye el contacto permanente con la Universidad.

–Efectivamente. Se da en la Clínica Universitaria esta dualidad. Por un lado, la atención al enfermo que es esencia fundacional de la Universidad y en este sentido la Clínica le tiende su mano y por otra parte la Universidad le proporciona un cariz especial a la Clínica para que pueda llamarse, con propiedad, universitaria. Es decir, a mi modo de ver se entrelazan mutuamente los dos factores fundacionales: tanto el amor al enfermo como el sentido universitario.

Desde luego, Don Eduardo constituye el prototipo del hombre universitario de pies a cabeza, cuyas experiencias acumuladas a lo largo de los años han ido cristalizando en una concepción muy clara de lo que debe ser el alma universitaria.

–También hay que señalar que esto no es algo exclusivo de la Universidad de Navarra. A mí me parece que es así como nacieron las auténticas universidades medievales, donde la Medicina no es un adorno en la historia de una universidad, sino que es algo muy esencial. Puede haber determinadas Facultades que por su calidad, posean un prestigio extraordinario, pero a una Universidad que no tenga Facultad de Medicina le falta algo esencial. Por otra parte, también entiendo que el «alma mater» de una Universidad se encuentra en la Facultad de Teología.

Sin embargo, ¿en qué medida puede influir la Facultad de Medicina en el desarrollo de la vida universitaria? Es decir, ¿cuáles son sus repercusiones inmediatas?

–Esta Facultad enseña al propio estudiante de Medicina, pero también enseña al estudiante de otras Facultades, porque el contacto entre ellos, la relación con el residente que está de guardia y ha tenido por la

acogedora, inspiradora de confianza y sosiego en los enfermos, pletórica de disponibilidad y, como genuina humanidad, llena de un sentido de trascendencia, apuntando al más allá, donde está el verdadero sentido de la vida del hombre.

Y junto a la Ciencia y a la Humanidad, un amor acendrado al «alma mater», a la Universidad.

Don Eduardo –así le conocemos todos– es desde lo más íntimo de su ser un universitario auténtico, que asume en su vida, en su conducta, la más puras y auténticas esencias universitarias. Don Eduardo ha enseñado a sus discípulos a vivir con sacrificio alegre la dedicación al ideal universitario. La donación generosa de su vida no ha sido en balde. Ha creado a su alrededor un espíritu de entrega a las empresas nobles. Ha contribuido, junto con el trabajo y el esfuerzo de tantos otros, a dar a la naciente Universidad de Navarra el estilo de servicio que quería para ella su Fundador. Y en ese quehacer ha querido pasar oculto, como los cimientos sólidos de los grandes edificios.

Este tipo de vidas no pasan. Quedan para generaciones venideras en una permanente fecundidad inmarchitable. Don Eduardo es por tanto un hito, para esta Universidad, para Navarra, para la ciencia médica y para la historia de la Universidad española■

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

noche una serie de circunstancias, todo eso crea un «mundo» en la vida de la Universidad que puede parecer algo secundario pero que sin embargo es fundamental. Por esta serie de circunstancias es por lo que a mí me parece que la Clínica Universitaria tiene ese prestigio.

Ahora se ríe suavemente Don Eduardo como saliendo al paso a todo tipo de interpretaciones.

–Aquí ni los profesores, ni los jefes de servicios, ni los consultores ni los especialistas son distintos a los demás, ni personas excepcionales... Habrá algunos que sean extraordinarios, pero esto no me parece lo fundamental, una vez que hayan llegado a una determinada altura. Yo no doy tanta importancia al hecho de que sean más o menos sabios, más o menos gente valiosa o trabajadora o entusiasta, aunque eso sea importante. Lo esencial para mí es vivir en ese ambiente universitario.

> «Una de las fuerzas más importantes para la formación de la gente era el contacto con los enfermos»

En este sentido el Dr. Ortiz de Landázuri valora enormemente ese trabajo en apariencia oscuro del personal subalterno de la Clínica pero que para él constituye la auténtica clave de la eficacia.

–Me refiero a las enfermeras y a todo ese personal si se quiere de segunda fila, aunque de lo de segunda fila habría mucho que decir... Son esas personas que se ocupan directamente del enfermo. El Fundador del Opus Dei lo expresaba muy bien cuando hablaba de la «inmediatez». El médico llega, ve a los enfermos, los estudia y se va. Lo que él diga es muy importante porque a fin de cuentas él es quien dirige la marcha de la enfermedad. Pero quien queda allí, pegada al enfermo y cuidándole hasta en sus menores detalles es la enfermera. Y uno queda asombrado al observar con qué categoría estas enfermeras cumplen con su deber.

Cuando habla de este tema se descubre en su voz una profunda satisfacción.

–Esto es así porque se lo han enseñado en la Escuela de Enfermeras y se puede decir por lo tanto que el mérito es suyo, pero si solamente fuera eso, sería poca cosa. Pero es que hay un hecho curiosísimo: alumnas del primer curso desde que llegan ya viven pendientes de los enfermos. ¿Por qué tanto ellas como los sanitarios tienen ese espíritu? Indudablemente por esa doble dimensión a la que ya hemos hecho referencia.

AYUDA MUTUA

Desde aquellos primeros comienzos en el Pabellón F hasta ahora, ha ido creciendo una larga historia, registrada día a día por Don Eduardo en un completo archivo. Viajes, gestiones, visitas, fracasos, éxitos... Ahí está recogido todo ese esfuerzo humano, que hunde sus raíces en la consideración cristiana de la vida.

–De nada valdría toda esta historia si no hubiera detrás ese espíritu que nace en el Fundador. Verdaderamente, él sentía verdadero entusiasmo por lo que siempre llamaba la Clínica de la Facultad de Medicina. Y ese entusiasmo no provenía de que allí estuviesen una serie de profesores con grandes méritos personales.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 360-361, 6-7/1984.

Todo eso lo tenía muy presente y estoy seguro de que lo valoraba, pero era mucho más. El tenía la seguridad de que si la Universidad de Navarra no se entregaba verdaderamente a los enfermos que llegaban hasta ella, no podría sostenerse.

Ahora, el futuro parece cubrirnos de pronto y rodearnos en una inmediata cercanía.

–Mientras la Universidad tenga ese cariño a los enfermos será una Universidad modelo. Si en un futuro, Dios quiera que eso no suceda, faltara, sería como un castillo de naipes que se viene abajo. Tan importante es el enfermo en la propia Universidad... Y de esto se da cuenta el propio paciente. El no sabrá ni la historia ni las circunstancias, pero lo vive y lo experimenta. Naturalmente y sin haberlo pretendido, tendremos en él a una persona que ensalza a la Clínica Universitaria y en el fondo, lo que está ensalzando es a la propia Universidad.

> "A una Universidad que no tenga Facultad de Medicina le falta algo muy esencial"

¿Y cuál ha sido su experiencia personal con los enfermos? Por sus manos habrán pasado muchos miles de personas...

–Sí, claro... Desde mi juventud, muchos miles...

¿De qué forma los enfermos han influido de una manera personal en su vida?

–Creo que habría que preguntar si alguno de los enfermos que ha pasado a mi lado no ha dejado alguna huella en mí, ¡y cuidado que han pasado! Por eso comprendo muy bien que el Fundador del Opus Dei estuviera siempre tan cercano a los enfermos. En este sentido me impresionó mucho una conversación que tuve con Sor Engracia Echevarría, una monja del Hospital del Rey. Me hablaba de aquellos años tan duros, poco antes de la guerra... La comunidad se quedó totalmente sola, puesto que no había capellanes ni tenían asistencia sacerdotal. Entonces se encontraron con Monseñor Escrivá de Balaguer. Ella me contaba cómo les ayudaba... Cada vez que le llamaban por telófono se dirigía inmediatamente andando desde Madrid hasta Chamartín porque no había medios de comunicación. Sólo unos tranvías blancos que funcionaban a determinadas horas.

Aquella conversación le ayudó a Don Eduardo a descubrir muchos horizontes en su propia vida personal.

–Sor Engracia, que era la Superiora, me contaba que cuando tenían a un enfermo grave le llamaban a cualquier hora del día o de la noche para que le administrara los últimos sacramentos. Muchas veces me he preguntado o he considerado lo duro que tiene que ser que después de un intenso día de trabajo te llamen para ayudar a un moribundo del hospital, puesto que por aquellas circunstancias políticas no había ningún capellán. Claro, que para salvar a una persona y ayudarle a morir bien, merece la pena recorrer lo que haga falta. Sin embargo, en esas circunstancias la ayuda a los enfermos adquiría su máxima plenitud por el sacrificio y el riesgo que suponía.

En otro orden de valores y en otro plano, pero así entendió el Dr. Ortiz

de Landázuri la labor del médico. Desde entonces ha tratado de materializar esta idea aplicándola constantemente a su actividad profesional.

–En una dimensión más reducida, al médico le sucede lo mismo. Ayudar a un enfermo es atenderle y es quererle. Y cuando el enfermo se siente asistido por un médico que verdaderamente pone cariño y cuidado en su trabajo, se siente agradecido. Y de ahí nace una mutua ayuda que es muy importante.

Don Eduardo recuerda que en los orígenes del Opus Dei estuvo muy presente la ayuda de los enfermos, una ayuda que es incomprensible para algunas actitudes materialistas actuales, pero que es parte esencial de la Clínica Universitaria.

> «Ayudar a un enfermo es atenderle y es quererle»

–Durante cuatro años en los que estuvo completamente solo, a partir del año 1928, Monseñor Escrivá de Balaguer no desfalleció, en gran parte por la ayuda de los enfermos. Por eso, la Clínica no puede perder esa esencia que es fundamental. No discuto los avances técnicos ni la importancia de la tecnología. Todo esto es importantísimo, pero si sólo fuera eso no pasaría de ser una buena clínica. Lo que tiene que ser es una Clínica en cierta manera ejemplar.

Don Eduardo Ortiz de Landázuri conserva de su trato con los pacientes una valiosísima correspondencia que denota la profundidad y la calidad de sus relaciones profesionales. Algunas personas que conocen su existencia le han aconsejado su publicación ya que constituye el testimonio elocuente y palpable de esa proyección tan humana que supone el contacto con los enfermos. Sin embargo, no es posible de momento llevar a cabo este proyecto pues se plantean problemas estrictamente personales y que afectan a la propia intimidad.

LA HUELLA DEL DR. JIMENEZ DIAZ

La lejana sombra del Dr. Jiménez Díaz constituye una constante presencia en la Clínica Universitaria por medio del Dr. Ortiz de Landázuri.

–Está claro que la Clínica Universitaria recibió una ayuda singularísima a través del propio profesor Jiménez Díaz y esto también hay que anotarlo. No podemos comparar el amor al prójimo o el sentido universitario de la Clínica con la impronta recibida por Don Carlos Jiménez Díaz, porque son cosas diferentes. Pero indudablemente, ayuda a comprender el carácter de la Clínica Universitaria. De modo que aunque no se haya realizado con toda la brillantez que podía haber sido, lo cierto es que la educación que he recibido de Don Carlos de algún modo quedó en la Clínica Universitaria.

Sin embargo, ¿a qué se debe ese interés por incorporar de alguna manera la personalidad del Dr. Jiménez Díaz a la Clínica Universitaria?

–Es difícil concretarlo, pero sí quiero decir que Don Carlos Jiménez Díaz tenía un gran cariño al Fun-

Biblioteca virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 360-361, 6-7/1984.

dador de la Universidad y lo mismo sucedía a la inversa. ¿Y por qué existía esta comunicación, esta compenetración entre Don Carlos y Monseñor Escrivá de Balaguer? Indudablemente porque se comprendían y al comprenderse se querían. Pero había algo más: el Dr. Jiménez Díaz era una persona muy auténtica. No digo que no tuviera errores. Pero de lo que no cabe duda es de que era una persona auténtica.

Con todo ese atractivo y esa fuerza que se desprende de una personalidad de estas características...

–Una de las cosas que el fundador del Opus Dei no aceptaba era la falta de sinceridad. Es decir, uno podía ser más listo o menos listo, ser más trabajador o... no voy a decir menos trabajador, pero en fin, no tan trabajador, incluso uno podía no estar alguna vez a la altura de las circunstancias. Todo eso, de alguna manera, él lo comprendía. Lo que no aceptaba eran las actuaciones insidiosas. Eso no lo podía tolerar.

> «La educación que he recibido del Dr. Jiménez Díaz quedó de algún modo en la Clínica Universitaria»

Don Eduardo conserva muy presente la entereza del Dr. Jiménez Díaz a la hora de actuar con absoluta coherencia, tanto en su vida personal como en su vida profesional.

–Aunque entre los profesores que tenía en Madrid había muchos que carecían de ideas religiosas, sin embargo él era un hombre que tenía mucha fe. Recuerdo que en una ocasión me comentaba: «Yo no hago alardes de religiosidad y dejo que cada cual tenga libremente sus propios pensamientos y sus propias ideas. Ahora bien, siempre exteriorizo lo que pienso para que el que quiera seguirme me siga y el que no, no lo haga... Pero que no puedan nunca pensar que yo oculto mi pensamiento». Y es verdad: Don Carlos actuaba con absoluta naturalidad delante de sus discípulos.

La vida del Dr. Jiménez Díaz constituyó un ejemplo imborrable para Don Eduardo tanto en el orden humano como profesional. Y basta comprobar la claridad de pensamiento del discípulo y la claridad de su conducta para descubrir en sus pasos los mismos pasos del maestro.

SORPRENDENTES FICHAJES

Y esa idea que se introduce de pronto como un pequeño hilo en la gran madeja del recuerdo se remonta ahora a Nueva York, donde el Dr. Ortiz de Landázuri recibió de nuevo una lección inolvidable por parte de ese gran médico que era Jiménez Díaz.

–Viajábamos juntos los dos matrimonios y en Nueva York nos esperaban una serie de profesores españoles muy famosos. Era un domingo temprano por la mañana. La mujer de Don Carlos, Conchita, compró unos caramelos y medio en broma los repartió entre el grupo. Yo no dije nada, pero no tomé. Poco después fuimos a Misa a la Iglesia de San Patricio y mi mujer y yo pudimos comulgar, pero el resto se quedó sin hacerlo. Al salir, delante de todos, Don Carlos me llamó la atención: «Hombre, parece mentira. ¿Cómo no me avisó usted antes? Por un caramelo no hemos comulgado».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Realmente no hizo ningún alarde pero fue una lección impresionante para todos.

Ese gesto tan espontáneo quedó grabado para siempre en el corazón de quien iba a ser su más fiel continuador.

–Desde luego, ese espíritu de atención del enfermo y sobre todo, esa proyección en parte sobrenatural del ejercicio de la medicina, lo aprendí de Don Carlos. Y el animarme y no poner ningún inconveniente a mi venida supuso en cierta forma su propia incorporación a la Clínica Universitaria.

Todavía Don Eduardo no sale de su asombro y son ya muchos años de asombrado recuerdo, cuando rememora la decidida actitud del Dr. Jiménez Díaz impulsándole a trabajar en la Universidad de Navarra.

> "Una de las vías para comprender mejor a Dios es la enfermedad"

–Ayudó poderosísimamente... Comprendo que para la vida de la Universidad el que yo haya estado o haya dejado de estar tiene una importancia relativa. Lo digo con toda sinceridad. Lo importante fue la reacción suya.

En esta misma línea también tuvieron lugar fichajes inauditos y sorprendentes que causaron verdadero asombro en los medios profesionales.

–Ahí está el caso, por ejemplo, de José María Cañadell. Era una persona con una posición absolutamente firme en Barcelona y además es un especialista verdaderamente notable. Al fin y al cabo, yo lo único que hice fue cambiar de Universidad. El era un gran especialista en problemas de huesos y vivía en un ambiente en que se veía clarísimo que iba a ser la figura más sobresaliente. Y había llegado muy lejos, pero podía llegar todavía más... Despegarse de todo eso y venirse a Pamplona resultaba entonces bastante inaudito.

La incorporación del Dr. Cañadell tuvo lugar en el año 1968 y con él se inaugura la segunda fase de la Clínica Universitaria.

–Pero no estaban las cosas hechas ni mucho menos. Y sin embargo él dice: ¡allá voy! Si Cañadell hubiera seguido en Barcelona, probablemente –casi puedo asegurarlo– sería allí en su especialidad el número uno, como lo ha demostrado en Pamplona. Aquí ha conseguido un enorme prestigio, incluso internacional, que le hubiera sido más fácil hallarlo en Barcelona. Además ha llevado la Clínica Universitaria todos estos años con una cantidad de problemas que sólo él los conocerá.

Renuncias personales, cambios de proyectos, una vida de intenso trabajo junto a los enfermos. Así va creciendo, firmemente, la Universidad de Navarra.

DE MEDICO A ENFERMO

Después de una vida en contacto permanente con la enfermedad y con el dolor, Don Eduardo ha experimentado en su propia vida ese inmenso valor del sufrimiento. Pero ¿qué se siente en esa larga distancia que se recorre tan solo en un paso, es decir, el paso de ser médico a ser enfermo?

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

–Una enfermedad es una cruz, eso es evidente. Por tanto, decir que no tiene importancia, me parece que sería ridículo y además no sería justo. La he llevado y la llevo con una gran paz. La enfermedad tiene dos aspectos diferentes. Uno es la enfermedad con respecto a los demás o los demás con respecto a la enfermedad de uno y, por otro lado, uno mismo con su enfermedad. Como médico, conozco muy bien... o conocía, la primera parte y en este sentido, la experiencia que tengo es que el enfermo suele ser muy agradecido.

¿Y esa otra experiencia personal e intransferible de la propia enfermedad?

–Por una parte, uno se encuentra muy debilitado y por otra ¡qué duda cabe!, sería injusto no decirlo– está esa proximidad de la muerte. Como es lógico se siente más cerca la muerte cuando se está enfermo que cuando se está sano. En este momento toda la fuerza me la ha proporcionado el sentido sobrenatural de la vida.

¿Le operaron en la propia Clínica Universitaria?

–Sí, claro. Y así he podido experimentarlo todo no desde fuera, sino ya como propio enfermo, lo que constituye un cambio muy importante. Ahora que tanto se dice que la medicina está deshumanizada... No digo que no haya defectos que se puedan corregir, pero al mismo tiempo ¡qué capacidad de entrega hay!

Sin embargo como médico y como ser humano que lo ha vivido en su propia persona, ¿qué sentido tiene el dolor para el Dr. Ortiz de Landázuri?

–La enfermedad siempre nos enseña muchísimo. Creo que el que pasa por la vida bruscamente, sin ninguna enfermedad, es indudable que Dios le dará otras posibilidades, pero lo que está claro es que una de las vías para comprender mejor a Dios es la enfermedad. Es el camino que nos conduce a Dios. Entonces, los que mueren a causa de un accidente... ¿es que no han podido acercarse al Señor? Estoy seguro que en ese caso existirán otras circunstancias. Sin embargo, no cabe duda de que la enfermedad es uno de los caminos más importantes para llegar a ese encuentro... Y al final, uno lo agradece.

> "De las Universidades de calidad puede venir gran parte de las soluciones"

Seguramente, pocas personas podrán hablar de la vida y de la muerte con esa serenidad y esa alegría que se desborda en las palabras del Dr. Ortiz de Landázuri.

EL RETO DEL TRABAJO CONSTANTE

La vida de Don Eduardo sigue ahora su ritmo habitual. Proyectos, planes, nuevas ideas y por encima de todo esa esperanza vital que le lleva a ilusionarse por todos los temas.

–Las personas que rodean a un enfermo tienen que conocer todo esto y deben ayudarle y proporcionarle esperanza. No me refiero a esperanzas respecto a la salud, aunque también me parece muy positivo, sino a la esperanza de enseñarles que todo aquello no tiene un sentido negativo y que ese caminar por la vereda de la enfermedad es un camino

muy seguro. Y este es el espíritu que impregna la vida de la Clínica Universitaria.

En cierta ocasión el Dr. Jiménez Díaz le planteó a Don Eduardo una difícil alternativa que resume perfectamente su pensamiento.

–Estábamos los dos solos hablando de otra cosa y de pronto, Don Carlos me preguntó de repente: «Oiga, si a usted le dieran a escoger entre ser Premio Nobel o ser santo, ¿qué escogería? Me imagino que ser santo...» Yo le contesté rapidísimamente. «No, Don Carlos. Esa elección no la puedo hacer, porque si yo quiero ser santo, he de intentar ser Premio Nobel». No se trata de elegir entre una o entre otra dirección. Si yo me tengo que sacrificar en mi profesión, tengo que intentar por todos los medios llegar a ser Premio Nobel.

> "La Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra es el puente entre la Universidad y la Sociedad"

En este sentido, entiende Don Eduardo que el médico debe conocer a fondo los últimos avances de la tecnología, estar al día, estudiar constantemente, investigar, establecer contactos con colegas extranjeros, permanecer en primera fila.

–Pero insisto en que si sólo se queda en esto, se vendría todo abajo. El Dr. Jiménez Díaz tenía una frase que él la vivía personalmente y que la hizo grabar en la Capilla de la Clínica de la Concepción. Se trata del famoso pasaje de San Pablo: «Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena. Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia... si no tengo caridad, no soy nada». Don Carlos lo puso allí porque esta idea formaba parte de su pensamiento más profundo.

Ahora Don Eduardo Ortiz de Landázuri que ha tenido que abandonar el ejercicio activo de su profesión no permanece un minuto inactivo y dedica todos sus esfuerzos a la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra y a los problemas de financiación que presenta. ¿Cuál es su papel en esta intensísima actividad?

–La Asociación de Amigos está atravesando ahora un momento muy importante. Comenzó poco después de fundarse la Universidad, hacia 1959. Antonio Fontán reunió a un grupo de personas, ocho o diez, y se pusieron a trabajar. Al cabo de algún tiempo se nombró Presidente al propio Jiménez Díaz y ya se fue avanzando... Después le sustituyó José Castán Tobeñas que era entonces Presidente del Tribunal Supremo. Luego vino el Marqués de Lozoya y desde 1978 yo presido la Asociación.

Con energía, con ensutiasmo y con esa renovadora juventud, Don Eduardo vuelve a introducirse en el interior de ese inmenso organismo tan familiar para él como es la Universidad. Y lo hace con la misma entrega y con la misma ternura que si tuviera entre las manos el cuerpo agotado de un viejo paciente con el que le une una vieja y lejana amistad que se ha mantenido cada vez más viva a lo largo de los años.

Revista Universal Tempo, Universidad de Navarra. Nº 36 D-361, 6-7/1984.

LA ASOCIACION DE AMIGOS

La Universidad de Navarra puede salir adelante con grandes esfuerzos gracias a la Asociación de Amigos que realiza una intensa actividad a lo largo y a lo ancho de todo el país y consigue gran número de pequeñas ayudas, la mayor parte de las cuales proceden de antiguos alumnos o de personas interesadas en promocionar programas culturales de alta calidad científica. En este momento existen cien delegados que trabajan en todas las provincias, aunque los núcleos más importantes se encuentran en Madrid, Barcelona y Pamplona.

–Hay que tener en cuenta que la Universidad nació con un espíritu y una proyección dinámica y por tanto no es extraño que nos encontremos en un momento de gran expansión. Por ejemplo, ahora mismo estamos potenciando la relación entre la Universidad y el mundo empresarial, industrial y tecnológico. En este sentido tuvimos hace poco una reunión con empresarios en Madrid y le invitamos a que hablara al Decano de la Facultad de Filosofía, el profesor Alejandro Llano. Explicó que la calidad de las Universidades no depende tanto de sus medios materiales, instalaciones, edificios, etc., como de su vitalidad interna, el hecho de que tengan una idea común y compartida de lo que es la Universidad y la convicción de que la Universidad está para servir a la sociedad y para hacerla progresar con el estudio sereno de los problemas que surgen diariamente.

«La vida universitaria no puede quedar al margen del progreso de los países»

Don Eduardo comenta el interés que suscitaron las palabras de Alejandro Llano entre los empresarios.

–Como muy bien detalló el profesor Llano, Europa vive en estos momentos una gran crisis social, política, económica y cultural. Una crisis que se debe al agotamiento de las viejas fórmulas, al abandono de las verdaderas soluciones humanas y cristianas que construyeron la civilización occidental y al pesimismos que existe respecto a la posibilidad de superar la crisis sin un enorme costo social.

¿Serán conscientes por fin los hombres de empresa de nuestro país de su importante responsabilidad en el desarrollo del mundo del pensamiento?

–Mi impresión es que hay un momento en que los empresarios tendrán que entenderse con el mundo universitario, tal vez cuando detecten la ruina de tantas naciones y la ruina de las familias. La Universidad no puede quedar al margen de estos fenómenos. De las universidades de calidad, que cada vez pueden ser menos, puede venir gran parte de las soluciones. De ahí surgirá la innovación creadora, el mantenimiento de los valores que merece la pena conservar, el recuerdo vivo de la conciencia histórica de los pueblos, la atención a la investigación de base... Para todo lo cual se necesitará un ambiente universal, abierto, no localista ni empequeñecido.

¿Cuál es exactamente el papel o la misión de la Asociación de Amigos?

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra, Nº 361, 6-7/1984.

1954

Se crea la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra.

1958

Comienzan las enseñanzas clínicas.

1961

Se construye el primer edificio de la Clínica Universitaria con una capacidad de 30 camas.

1969

Construcción de un segundo edificio. La capacidad aumenta a 200 camas.

1976

Ampliación de las unidades de hospitalización y áreas de consulta. La capacidad total es de 500 camas.

1984

Se inauguran las instalaciones del Servicio de Radioterapia

–La Asociación de Amigos es el puente entre la sociedad y la Universidad. Es decir, se trata de conseguir una Universidad que sirva a la sociedad y a su vez es necesario que esa sociedad ayude a la Universidad. Esto es lo que hay que conseguir...

Don Eduardo posee una idea muy exacta de cómo debe de ser el modelo de esa Universidad del futuro e íntima conexión con la vida industrial y empresarial y con el progreso científico y técnico, es decir, latiendo al mismo ritmo de ese enorme corazón que marca el compás de la sociedad.

–El otro día, por ejemplo, estuve visitando a un ingeniero de minas que tiene unas cuantas empresas en este sector. Me contó que una Universidad norteamericana había firmado un contrato con ellos para investigar y mejorar la producción. De este modo establecieron un convenio en el que había incluso reparto de beneficios... Por aquí ha de ir el futuro de la Universidad. Es decir, la vida universitaria no puede quedar al margen del progreso de los países y por encima de todo no puede perder su carácter investigador.

La Universidad por lo tanto ¿debe estar presente y aportar soluciones propias en ese proceso de transformación de los grandes fenómenos sociales?

–¡Por supuesto! En la actualidad asistimos a una auténtica revolución social. Un solo trabajador puede manejar varias máquinas a la vez, cosa que era impensable hace años. Está claro que existe un desajuste tecnológico... Y la Universidad debe estudiar y solucionar este problema. Un médico e investigador de la Clínica Universitaria, por ejemplo, ha puesto en marcha una industria de pro-

Revista Nuestra Tierra, Universidad de Navarra. Nº 36 D-361, 6-7/1984.

ducción de sueros que funciona muy bien... De esta manera, la Universidad consigue algunos beneficios.

¿Puede llegar a existir entonces una estrecha relación entre la investigación privada y la investigación universitaria, dos mundos que en principio parecen incompatibles?

–Desde luego. Es posible que los investigadores trabajen en la industria y en la Universidad y que la Universidad de esta manera cuente con medios para sobrevivir. En fin, hay que hacer convenios con empresas de todo tipo y para que este proyecto funcione hay que vencer el egoísmo y trabajar con una visión actual de la vida.

Sin embargo, cuando los profesores extranjeros visitan la Universidad de Navarra, en general no salen de su asombro... ¿A qué se debe esta reacción de sorpresa y de admiración?

–Esta impresión es real y con mucha frecuencia nos dicen: «¡Pero si vosotros estáis muy avanzados!» Y es cierto. Tenemos en efecto buena materia prima, pero hay que avanzar mucho todavía.

Don Eduardo continúa con los ojos bien abiertos, contemplando el futuro entre la bruma de este cielo navarro, trabajando intensamente el presente y acumulando todo tipo de experiencias del pasado que le sirven de punto de referencia constante. Y en esa línea de avanzada proyección tecnológica y de formación humanística que preconiza, en ese cuerpo y alma universitaria, hay un motor que le impulsa constantemente a la acción. Y es que a lo largo de toda su vida, Don Eduardo Ortiz de Landázuri ha sabido amar a la Universidad apasionadamente■

R.M.E.

PRACTICAS DE PERIODISMO EN NUESTRO TIEMPO

La Revista «Nuestro Tiempo» convoca un concurso de méritos entre alumnos que vayan a iniciar sus estudios en Facultades de Ciencias de la Información, para la realización de Prácticas de Periodismo durante el mes de septiembre de 1984.

Los interesados deben solicitarlo por escrito, dirigiéndose a «Nuestro Tiempo», Universidad de Navarra, Pamplona.

El plazo para la admisión de solicitudes termina el 30 de julio de 1984.

Para más información puede llamarse al teléfono 948-252700, extensión 346.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei
Revista Nuestro Tiempo, Universidad de Navarra. Nº 361, 6-7/1984.